

10 Junio 1945.

Mi querido amigo,

no sabe la impresión o, mejor, las impresiones que su carta me ha producido. (Recibí las dos al llegar de la costa). Primero, naturalmente, la sorpresa y el pesar profundísimo de saberlo enfermo. ¡Espero que no sea grave! Ud. no tenía temores, no se cuidaba, acababan de descubrirle el mal? Me pensaba esto por tratarse de la Preventiva. Y aquí viene mi otra impresión que es, casi, de recordamiento. Nunca he sido muy amigo de las leyes sociales. El liberalismo, por circunstancias largas de explicar y un poco paradójicamente, asurdamente, me influyó mucho sobre mí. Pero esta Ley de la Preventiva me parece una bendición. Ya supe, hace poco, de una vida salvada, así, literalmente, salvada gracias al examen oportuno y al reposo posible mediante el sueldo íntegro por plazo indefinido. Entiendo que es, prácticamente, indefinido. ¿Qué hubiera sido sin la ley Cruz-Coke? Mejor no pensarlo. Otra idea que vino en seguida proviene de la lectura del último tomo de Proust. Relátementeros, por cuarta vez, los quince volúmenes. ¡Qué fiesta, qué deslumbramiento y qué enorme enseñanza! Pues en él confiesa el autor que, de no haber enfermado, no habría podido escribir su obra. Su mal fué su providencia, porque, hombre de mundo, se dejaba llevar por las visitas, las amistades, las comidas y no hacía nada o hacía poco. La reclusión forzosa lo obligó, pues, a enriquecer a la humanidad con uno de los que yo considero tesoros universales y eternos. La obra de Proust no es sólo una novela: es una especie de tratado concreto de psicología, una sucesión de adivinaciones increíbles, una iluminación interior constante. Está toda, de punta a cabo, hecha bajo la inspiración. Esa cumbre que uno alcanza, a veces, a costa de mil esfuerzos, ese estado superior, delicioso, fácil, divino, él lo poseía constantemente y partía de allí hasta más allá, sin término, inagotablemente. Cada vez lo que lo releo lo hallo más nondo. Pues bien, mi querido amigo, todo eso vino de la enfermedad. Ud. me dice que podrá leer y escribir. Hombre, casi estoy por decirle: ¡feliz Ud.! El que ha nacido para escribir pierde su tiempo cuando hace otra cosa. Pero, de todas maneras, cúdese, mejórese. - Luego le escribiré más. Mañana hablaré con Guzmán. - Y crea en el recuerdo constante y cariñoso de su sincero amigo,

Delibes

Santiago, Chile [a] Oscar Castro [manuscrito] Hernán Díaz Arrieta.

AUTORÍA

Autor secundario:Castro, Óscar, 1910-1947

FORMATO

Manuscrito

DATOS DE PUBLICACIÓN

Santiago, Chile [a] Oscar Castro [manuscrito] Hernán Díaz Arrieta. 1 hoja ; 21 x 27 cm.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile